

VI

Llegó Mayo con sus frios tempranos, sin que en la casa ocurriera más novedad que la salida brusca y estrepitosa de Sebastiana, á quien plantó en la calle misia Jeromita por descuidos francamente inaguantables y extraños, dado lo bien probadas que tenia sus actitudes de guisandera; pues la que siempre supo fijar el necesario punto de condimento á todos los platos y preparaba los ojaldres divinamente y asaba carnes que ni el mismo Lucifer con su legión de pinches infernales, dejó varias veces que se le pegara el arroz, presentó un pastel de estos llamados *de cubilete*, que resistió, ¿qué digo los dientes? al cuchillo y hasta el hacha, si esta intentara partirlo, como que semejaba de cartón-piedra, y achicharró dos hermosos capones con vergonzosa ignominia. Además, antojósele á la maldita salpimentarlo todo, de manera que consumía la sal y la pimienta á carretadas, y bocado que entraba en la boca salía arrojado de seguida, ofendiendo al paladar y burlándose del estómago; y no se cuentan otros desmanes culinarios, que revelaban tenebrosas manipulaciones en el fondo de sartenes y cacerolas, por carecer de pruebas, aunque de los efectos incómodos malas noticias pudiera ofrecer Fortunato.

En suma, que se cansó de reñir la señora y la mujerona de que le zumbaran en las orejas, terminando el pleito

con la destitución de la criada, después de un alboroto en que todos los cacharros de la cocina se vinieron abajo. Reemplazó á Sebastiana en su importante cargo aquella mulata Aurora, sirvienta que fué de las tres Marias y primer *repórter* que hizo circular la nueva del inquilino sospechoso albergado por las de Pérez Orza; y aunque la mulata Aurora, zarrapastrosa y sucia en grado máximo, no llegara á la suela de la chanqueta de Sebastiana en ciencia gastronómica, sabia hacer sus bodrios sabrosos que, por lo menos, no comprometían la salud y la tranquilidad nocturna.

Tocante á otros sucesos que modificasen la situación, ninguno halló el glorioso sol de Mayo que digno sea de referirse: quiso entrar en la alcoba de Pantaleona y dieron sus doradas narices en los cristales cerrados; el negro cavilar de misia Jeromita no disipó con sus alegres rayos, como la neblina de las mañanas, y si encontró á Fortunato risueño y gorgeador, era por las dos razones fundamentales siguientes: la primera, que habia dinero fresco en casa, y siquiera hasta mediados del mes sobra de alpiste; y la segunda que sólo con el poder de la verdad confesable logró calmar los arrebatados celos de la dama, los que, de no sofocarlos á tiempo, destruyen y malogran planes hábilmente combinados y dignos de la travesura suya, encomiada y aplaudida triunfalmente en la ferretería de Barbarossa.

En el capítulo riguroso á que fué sometido, adujo e-donce pruebas tales en favor de su inculpabilidad, que misia Jeromita le absolvió, aplicandole, á guisa de correctivo, dos cariñosos bofetones y declarándole sujeto á la vigilancia de la policía. ¡Y de qué policía! ejercida por misia Jeromita con mayor severidad que antes, pues además de andar tras de él en la calle, tomó en casa precauciones admirables: no sé si á su tiempo se dijo que la huerta tenía una puertecilla sobre el callejón, la que se dedicaba al serlvicio: la señora condenó esta salida falsa y escondió la lla-

ve, ordenando que la principal se la entregara noche á noche Aurora después de cerrar la puerta de hierro. Noche hubo en que, desconfiando de la fidelidad de la mulata, cerró ella misma con dos vueltas; é imaginó poner un timbre que le advirtiera la presencia de entrantes y salientes, hizo guarnecer de afiladas púas de hierro la sobre-puerta, demasiado baja, y reforzar los temibles vidrios de la tapia. Cuando sobre la cómoda depositaba la llave de la fortaleza, sentía consolador alivio de tenerle así encerradito y libre de las asechanzas de *la otra*, que si no se llamaba Dolores, cualquier día se encarnaba en un nombre también real y positivo.

En el barrio no daba más pasos Fortunato que los necesarios para llegar al tranvía ó dejarlo, siempre enfrente de la casa y á la vista de misia Jeromita; porque si se corriera algo acera arriba, sospechaba ella que le llevaba el deseo de pasearle la calle á la de Cadenas, y el tiempo se ponía muy malo, muy malo.

Del préstamo de los diez mis pesos y consiguiente propuesta de hipoteca de la casa, no se volvió á hablar; era asunto candente y peligroso, que el mismo toscanito evitaba, asustado aún del estallido que provocó la primera vez con tamaña torpeza. Mientras él escogitaba la manera de salir del apuro airosamente (porque á los Neros había confido promesa de figurar con ellos en el negocio, y ellos se aburrían esperándole, y le tachaban cada día de mandria y poco ducho en el arte de sacar cuartos), pensaba misia Jeromita, con horror, en que se aproximaba el momento de doblar el cabo de la quincena, y que la ya mermada pensión no infundiría respetos al desdén, ni autoridad á su palabra, ni influencia á su consejo, conspirando con su rotunda negativa de marras y las demás causas fatales al terrible vencimiento que preveía. Se estremeció la infeliz, y falta de otros medios de resguardo, temiendo, acaso, un acto de violencia probable que arrancara á su debilidad lo que decidida estaba á defender de su propia

pasión, ocultó en el ruedo del vestido la escritura de la casa, la partida de matrimonio y el dinero del mes, para decir á Fortunato, ofreciéndole el llavero, en la ocasión temida:

—¡Busca!

No se quitó ya de encima la preciosa falda, y de noche la encerraba en el armario y ponía la llave debajo de la almohada. Más la inquietaba el temor de sí misma, que la amenaza del ataque de Fortunato, y se comparaba á estas plazas fuertes, bien artilladas y municionadas, que se entregan al enemigo por cobardía de los jefes: huyeron de ella el sueño y el apetito, desertión que, alterando su salud, la precipitara luego en el delirio de las persecuciones, como no viniera de Dios el remedio.

A todo esto, Fortunato, ó fingía ignorar los cambios de humor de la dama y la red de precauciones en que le aprisionaba, ó, canario inocente, hallaba muy de su gusto la jaula dorada; pues, aparte sus visitas diarias á la Bolsa, no asomaba fuera de casa, pintando, leyendo y cantando.

Hacia mediados de mes observó misia Jeromita que el ruedo de la falda apenas acusaba la existencia de un par de billetes, y la entraron grandes angustias, por figurársele próxima la crisis. Seguramente, Fortunato abriría el pico en demanda de grano, ¡insistiría en la hipoteca de la finca, se atrevería á insistir! En su desesperación, se acordó de D. Juan Nepomuceno, y pensó impetrar su ayuda, á cambio del sacrificio de su soberbia... pero, ¿en qué podía ayudarla el primo? El, tan pacato, tan débil de carácter... Convencida de la necesidad de ampararse de alguien, de buscar un consejo superior, y á la vez disipar ciertos punzantes y misteriosos recelos que la ocurrían, se resolvió á consultar á un abogado, acudir á la ley ella que la había violado, y que vivía del producto de su engaño; así, como los pecadores que descargan sólo á medias la conciencia y esconden los fardos más pesados, no confesaría sino la pertinente é indispensable para alcanzar la

absolución, es decir, el favor de su auxilio en cuanto fuese relativo á su conveniencia.

Coincidió con este designio de la señora, una recrudescencia de amoroso afecto en el florentino, verdaderamente alarmante; y no presentándose aquello de que parecía síntoma precursor, el sablazo de *peccata minuta* para gastos de bolsillo, pensó ella que el grande, el tremendo se la venía encima, y se encomendó á la misericordia de Dios; pero, embriagada con las marrullerías de Fortunato, dejaba correr los días, y llegó el 31, fecha en que espiró la pensión...

El 31 de Mayo fué día ocupadísimo para misia Jeromita: por la mañana tuvo con Fortunato menuda bronca á causa de haberle visto en la acera hablando con un mozo de cuerda, á quien confiaba, ó parecía confiar un recado, y no dando él una explicación satisfactoria, se pusieron ambos de morros y empezó á formarse la tormenta en los ánimos y en el cielo, que se cubrió de nubarrones opacos. Después del almuerzo, armada del paraguas y de una resolución inquebrantable, salió, como de costumbre, en su seguimiento, le dejó á la puerta de la Bolsa y fué á llamar á la del doctor Barbado, en la calle Florida, en el piso principal de la conocida guantería, donde, decia la fama y él dejaba noblemente que lo dijera, amasó su familia el bienestar de que gozaba, y cuyo frente ostentaba aún el nombre de su antiguo dueño. *Barbado*, en doradas letras.

Antes olvidaría misia Jeromita el sombrero que el abanico blanco de lentejuelas, y echándose aire, como en bochornoso día de canícula, penetró á la sala de espera (que le indicó un *groom* correctísimo; había otras personas sentadas en los divanes y sillones con resignación de litigantes aburridos, las caras vueltas hacia el cortinón de terciopelo verde, tras el cual sonaban voces, y que recogía, á su tiempo, una mano, cuyo dueño no se descubría, para despedir á cada cliente y recibir al que por turno riguroso de llegada le correspondiera: tres damas muy compues-

tas había, un caballero de patillas, á quien su pleito debía preocupar tanto que discutía sólo, y un chico, escribiendillo de juzgado, con un mamotreto de mil folios, por lo menos, bajo el brazo. La obscuridad del cielo tormentoso entristecía la habitación, decorada con la severidad de un gabinete de consultas, y sumida en el silencio que imponen el respeto y la curiosa revista del vecino; así, como un ruido insólito en la iglesia, sobresaltaban el palabreo incoherente del señor rezongón y los suspiritos de impaciencia de las damas, que luego de cuchichear entre sí, mirando de reojo el abanico blanco de la de Pérez Orza, bostezaban, y bostezaba el chico y también misia Jeromita, cada uno, entretanto, ordenando en el magín el asunto que cerca del hombre de ley le llevaba, prontos á exponer la lesión de intereses, las lacras de familia, las heridas sociales que el Derecho puede curar, aliviar ó prevenir, como la medicina las enfermedades del cuerpo. Levantóse el cortinón verde, salió un hombre con trazas de cuervo de curia, y se apresuraron las tres damas á colarse en el confesonario; misia Jeromita pensaba, con desabrimiento, que el plantón duraría hasta que aquel señor y el chico del expediente fueran despachados; pero, así que las damas salieron, el de las patillas, galantemente, le cedió el turno, y ella, redoblando el abaniqueo, pasó la cortina.

—Servidora de usted—dijo misia Jeromita haciendo una reverencia.

El doctor Tito Barbado se inclinó. Parecía muy joven, mas no necesitaba que la corona de canas ciñera su frente despejada, porque el estudio la había marcado con su sello profuado: miraba fijamente, y la gravedad y corrección de su persona, sin pizca de campanuda jactancia, le representaban como á hombre maduro para el consejo. Apenas reparó la señora en estos detalles, y si la preguntaran lo que vio en el despacho, con entera certeza respondería que sólo á un amable joven, que la escuchó atenta-

mente, y cuyas advertencias la turbaron luego de modo que salió de allí trastornada; un joven, de pie ó sentado, rubio ó moreno, acaso de bigote, ó con patilla recortada, el cual hablaba muy despacio, ¡y qué claro! ¡ay! demasiado claro. ¡Qué habitación fuera aquella, y qué muebles tenía!..... No, misia Jeromita no sabría decirlo: sus ojos desempeñaron en la entrevista el papel de lazarillos, para evitar que tropezara con las paredes ó diera una caída en la escalera, y no percibieron más que bultos, sin precisar naturaleza ni forma; en cambio, sus oídos cumplieron su misión de transmitirle las palabras del abogado, con fidelidad tanta, que hubiera deseado ser sorda, ya que también quedaba ciega.

—Señor doctor—empezó la señora con temblores de penitente;—yo soy viuda, quiero decir, casada... Es decir, la casada es una amiga mía, en cuyo nombre vengo á consultar á usted. Dispénsame usted: me siento confusa y apenas atinaré á explicarme... Casada esta amiga, aunque parezca mentira... sí, señor doctor, que pretende hipotecar la casa que la dejó su padre, y que ella, á su vez, quiere dejar á una hermana menor. Bueno; mi consulta es ésta, doctor: ¿le acuerda la ley derecho para hipotecar ó vender la casa?

Contestó de carretilla el abogado, y misia Jeromita dió un suspiro.

—Sin su firma no puede... Lo que yo decía. Bien, doctor, ¿y si esta firma se la arranca por la violencia, que hasta ahora no ha empleado, pero empleará sin duda? ¿Será válida la firma? aconséjeme usted, proteja á mi amiga de la perfidia florentina de su marido.

Ansiosamente esperó la respuesta, y cuanto dijo el doctor Barbado, con risueña filosofía, ella lo comentaba á su modo, repitiendo palabras, como niño que aprende una lección. ¡Sin su firma no podía! El *quid* estaba en defenderla, en no dejársela arrebatar... Más tranquila, se atrevió á exponer lo más grave de la consulta:

—Esta amiga mía, señor doctor, tiene ciertas dudas acerca de la legitimidad de su partida de matrimonio, no sabe por qué... De esas dudas que nacen así, de una nada, y aun sin fundamento molestan. Un abogado, como un médico, es un confesor: pero, por cortedad natural, y en obsequio de su marido, que pillo y todo al cabo es su marido, mi pobre amiga quiere reservar su nombre. Así, al mostrarle el documento, me va usted á permitir que diga solo el pecado... es decir, que se lo expondré á usted ocultando la parte en que está la declaración de los nombres.

Con honesto ademán, levantó el ruedo de la falda y buscó en el singular bolsillo que había fabricado, sacando un papelote, que dió á leer al doctor, puesta la mano sobre las líneas que su propio nombre denunciaban. El doctor sonreía discretamente.

Entre tanto, la señora, con un primoroso pañuelo de encaje paraguayo, ó *nanduty* que llaman, ahogaba los suspiros, y al mismo tiempo el doctor volvió los ojos para mirarla.

—¿Que documento me ha entregado usted, señora?

—La partida de casamiento....

—Extraña me parece, en efecto; (*leyendo: 'El sacerdote que suscribe, Anselmo de Casas y Casas....'*) No hay sello de parroquia, ni rúbrica autorizada, ni contiene fórmula semejante á las usuales en documentos de esta clase. Tampoco parece extendida en el panel marcado....

Aterrada, misia Jeromita balbuceó:

—¿Vé usted? ¡Ay, Dios mío!

—Esta que llama usted partida—agregó gravemente el letrado—ó es falsa ó es un papel sin importancia legal.

—¡Falsa, doctor... ¡Dios mío! Mi amiga está bien casada, sin embargo, bien casada; que ese padre Anselmo vive y lo atestiguará... como también otras personas, otras personas....

Se ahogaba. El doctor Barbaño la devolvió el sospechoso documento, añadiendo con galantería:

— No lo pongo yo en duda, señora... Pero bueno será que á quien ha proporcionado á su amiga de usted esa partida, llamémosla así, le pregunten de dónde la sacó y qué persona se la facilitó, porque, indudablemente, en esto hay un error ó un abuso criminal. En buena hora viene la ley de registro civil, sancionada en ambas Cámaras, á evitar este género de delitos...

Misia Jeromita se abanicó furiosamente. Le zumbaban los oídos, y escasa atención podría prestar al discurso del letrado, que mezclando citas de código y bondadosas razones trataba de fortalecer á su amiga supuesta contra las florentinas acechanzas, y fundaba su opinión sobre las deficiencias que, á su juicio, sujeto á error como todo juicio humano, presentaba el documento consultado.... La partida se la entregó á ella Fortunato, quien, á su vez, la manifestó haberla conseguido por mediación de Felipito Nero: había que interpelar primero á Felipito, á Fortunato después.... ¿sería en efecto falsa la partida? Luego no estaba casada, ¿no estaba! ¿Y la ceremonia en casa de Nero? ¿Y aquel padre Anselmo, de roposado continente, de macizos y afeitados carrillos, de dulce sonrisa?... Ya encendía la revuelta sangre su cara toda, ya se ponía amarilla, y del abanico, con su mano nerviosa, hacia crugir la armazón de nácar; tenía que ver también al Padre Anselmo, y le vería, como existiera en el mundo, con hábitos ó sin ellos....

La súbita resolución la puso de pie, y se despidió brusca-mente del letrado, á quien dejó poco menos que con la palabra en la boca; en la sala de espera tropezó con el chico del juzgado, echándole á rodar su expediente por los suelos, y bajó la escalera á grandes trancos, trastornada por la horrible sospecha de que viviera en concubinato con aquel miserable arcángel de sus pecados. ¿De veras?... Recordaba ahora que ella observó la tarde de la ceremonia (lo poco que su natural emoción la permitió observar) que

el padre Anselmo pronunciaba un latín que no parecía latín, antes más bien italiano *agenovesado*, con tal cual latínajo de los corrientes, también notó que ambos Neros y Pietro y Giacomó, reventaban de risa... atribuyéndolo á indiscreto comentario de unión tan desproporcionada.

Estos recuerdos la espolearon más en dirección á la casa de Nero, que quedaba allá en la calle de la Reconquista, á la altura del Retiro; no quería ir á la ferretería de Barbarossa, donde, sin duda, le encontraría, por las chungas maliciosas de que se la había hecho víctima, y prefirió buscarle en su casa, que si él no estaba, su criado la facilitaría cuantos datos deseaba acerca del padre Anselmo, pues criado de hombre solo sabe tanto como el amo, por tener medidas las narices en sus intimidades. Y de vuelta en el Caballito, tiempo había para el interrogatorio de Fortunato, y aclarar lo pavoroso de aquel misterio que el doctor Barbaño acababa de revelar.

Dando tropezones, á punto en cada esquina de que la atropellasen, llegó á la casa y subió la escalera, prendida del pasamanos. Era la de ambos Neros una casa de estas que la moderna arquitectura construye con tanto primor, muy cuca de fachada, de dos pisos, y en cuyo interior se combinaba la disposición de las viviendas europeas con el espacio, la luz y la independencia que aquí demanda la costumbre; en el recibimiento, de paredes pintadas al óleo, había hermosas palmeras y un banco de hierro, en el que se sentó misia Jeromita antes de llamar con el timbre. Dos puertas que, enfrente, aparecían cerradas, eran las de la sala donde se celebró aquella ceremonia, sanción y fundamento de sus desgracias; por la galería abierta se descubría el cielo color de plomo, que rasgaban temerosamente los relámpagos, y entraba el aire en remolinos, balanceando el farol con sus colgajos de vidrio pulido y agitando las hojas de las palmeras: á modo de cantos gigantescos, que rodaran por la falda de una montaña, resonaban los truenos á intervalos. La tempestad se aproximaba... Misia Jeromita lla-

mó y vio un criado de malas trazas, que, debido á que la señora se le quedó mirando con mucha atención y extrañeza, merece el honor de una instantánea: era grande, cabezudo, de pelos tiesos y cenicientos, los ojos engarzados debajo de unas cejas espesísimas, y tan pequeños, que sólo se distinguía de ellos la pupila, brillando como siniebra luz en lo más hondo de un matorral; de redondos cachetes afeitados, nariz puntiaguda y finos labios de perenne sonrisa, síntoma de falsía; traía puesto un delantal de algodón azul, en el que enjugaba sus manazas velludas. Aquellos labios risueños se ensancharon hasta mostrar los dientes perdidos de tabaco, así que los ojillos de raposa se clavaron en misia Jeremita; y riendo, se inclinó delante de ella.

—¿Está el señor Nero?—preguntó la señora, algo escamada—D. Felipito ó el padre, lo mismo da.

—No, *mia signora*—contestó el hombre alegre—*fine* hasta las seis.

¡Qué voz! ¡Qué acento! ¿Dónde había escuchado aquella voz, de genovés legítimo, recién llegado, misia Jeremita? ¿Dónde vió, pero señor, dónde vió, y en qué ocasión, aquella cara mofletuda y sonriente?

Empeñose el hombre alegre en que pasara á la sala, y abrió la puerta con amabilidad empalagosa. ¡Ah! Allí estaba todo como en aquel jueves de ingrata memoria: en un ángulo, el velador que, vestido de blanco, con un crucifijo y dos candeleros, sirvió de altarcito... Suspirando la señora no se atrevía á hablar. Y de repente, figurósele que, sobre el velador mismo, entre otros libros, vela aquel de bonita cubierta, en que el padre Anselmo leyó la Epístola, y abriéndolo apareció en la primera página pintada una mujer que no tenía más traje que su deliciosa envoltura carnal de pecadora; segura de haberse equivocado, lo dejó como si le quemara la mano:

—Escuche usted—dijo entonces—mi objeto, al venir acá es para averiguar el domicilio del padre Anselmo Casas, el sacerdote que en esta misma sala me casó hará unos dos

meses. Usted debe de recordarlo, si es que servía á los señores Nero... También quiero hablar con D. Felipito, pero esto lo dejaré para mañana, que volveré á las seis. Por hoy me basta con que usted me diga, si lo sabe, dónde vive el padre Anselmo.

Hizo el extraño sujeto un ronco gorgorito, como de risa imprudente que quisiera sofocar, y se pasó varias veces la manaza por la erizada testa.

—¿El padre Anselmo? ¡Je, je... *non só*... digo, el padre Anselmo; je, je... ah! sí, el padre Anselmo... *in Italia, ecco*, en Italia.

—¡Bendito sea Dios!—exclamó la señora;—¡nada menos que á Italia se ha marchado! Y ¿cuándo se marchó?

—*Non só*... El padre Anselmo *in Italia*... ¡Je, je!

Desboruábase la risa al hombre alegre, y porque la escamada señora no le sorprendiera, con el delantal en la boca atajaba la descortés manifestación. Misia Jeromita pensó que, si el padre Anselmo se había marchado, sólo Nero podía sacarla de aquella espantosa duda: ¡Nero! ¡qué poca fe la inspiraba su testimonio! Tan poca como el de Fortunato, que había de protestar con teatral arrogancia, seguramente, la mano sobre el corazón y los azules ojos en el cielo, de las afirmaciones del letrado. El padre Anselmo, por su carácter sacerdotal, era el único capaz de atestiguar la verdad...

Dijo la dama que volvería al siguiente día, y bajó despacio la escalera, mientras el estúpido *je, je* del genovés sonaba á sus espaldas francamente. Ya en la calle, no supo á dónde ir, si tornar á su estación de la Bolsa ó al Caballito en el primer coche que pasara; el viento huracanado la empujó calle abajo, y ella se dejó llevar, indecisa, angustiada, tejiendo y destejiendo planes sin concierto. El sofista que hay dentro de cada uno de nosotros, y á todas horas se empeña en desorientar á la razón, obscurecerla y dominarla, abogado del capricho y portavoz del amor propio, indicó á misia Jeromita, por el camino, que lo de la falsedad

de la partida, aun comprobada, no implicaba la nulidad de su matrimonio; el padre Anselmo lo había bendecido solemnemente, y un sello de menos, un error de fórmula, el olvido de un requisito legal, no eran razones bastante fuertes para desatar lo que atado quedó en el cielo aquel jueves famoso. Se enmendarían los tales yerros, cuanto antes, mejor, y con la nueva partida, que se mandaría á firmar al padre Anselmo, iría á consultar al doctor Barbado. Y aquí no ha pasado nada ¡vaya!

Como sintiera venir un coche, le cogió con mucho trabajo, y le mandó que se detuviera en la plaza de Mayo, resuelta á esperar allí á Fortunato, atraparle y llevárselo consigo, para provocar, en la intimidad del vehículo, la explicación que tanto la interesaba. Corrieron los dos rocines poco menos que á galope, se plantó el carruaje en el sitio indicado, y misia Jeromita tendió su pesquisidora visual hacia la Bolsa, sin que lograra columbrar á Fortunato en las dos, en las tres horas de plantón. Cuando en el Palacio de Gobierno comenzó el desfile de empleados, entre una nube de polvo que arastraba un grupo huyendo hacia la avenida que la piqueta abría en el flanco mismo del viejo Cabildo, reconoció la señora á Don Juan Nepomuceno; le reconoció á tiempo que volvía la manchada cara, y sea que el huracán le empujara del lado del carruaje, sea que cediera á la resolución de aproximarse y de hablarla, le vió venir como en volandas, y súbitamente, antes de sufrir la embestida, dió un abanicazo sobre el cristal, rompiendo el padrón de nácar, y con alterada voz la orden perentoria de seguir para el Caballito.

Luego, temblando, se escondió en el ángulo del coche y corrió embas corticillas. A no dudarle, D. Nepomuceno había intentado hablarla; su ademán resuelto, la expresión del rostro y la súplica de espera que designó con el brazo no dejaban duda ninguna; pero ella, temerosa más que nunca de aquel juez, huyó vergonzosamente.

Por las calles, que barría el vendaval, escapaban las

gentes azoradas; el cielo, tendido de negro, se desgarraba en ígneos resplandores. Aún no llovía, pero percibíanse ya los sanos perfumes de la tierra mojada, de hierbas y de flores, que venían de la Pampa á oxigenar los poderosos pulmones de la gran ciudad..... Misia Jeromita, recelando que la sorprendiera la tormenta en el camino, miraba con miedo la desbandada de los transeúntes y en Fortunato ponía el pensamiento; y á la luz de los relámpagos y el rumor de los truenos, se despertaba el recuerdo de aquella otra tempestad, cuando el ángel malo se le apareció por vez primera bajo la forma seductora que el enenigo usa de costumbre en sus correrías á caza de almas.

No llovía aún; eran las cinco, y por haber cerrado la noche los faroles estaban encendidos. La señora pudo llegar sin contratiempo hasta su puerta y llamar, muerta de frío y de susto. Los árboles la saludaron con forzadas reverencias, presentándose luego la multa Aurora, que al abrir la dió la extraña noticia de que el Sr. D. Fortunato tenía de visita á un caballero llamado D. Felipito, de estos pelos y señales.

Holgaba indicarlos, pues por el nombre cayó al punto misia Jeromita en la cuenta de quién era y hasta de lo que le traía á Nero el joven á conferenciar con su paisano, y se pasmó de que tan pronto hubiera vuelto Fortunato, á las tres, según la declaración de Aurora, habiendo empezado el cabildeo minutos antes de las cuatro. Sintió la señora un desagradable escalofrío, que la hizo tiritar; mandó á la criada que encendiera el gas de su alcoba, y mientras se despojaba de la capota, de los mitones y de la manteleta, Aurora la comunicó nuevos detalles de la sospechosa visita.

—Mire usted: llegó á las cuatro con mucha prisa y unos modos que se llevaba todo por delante; el otro, D. Fortunato, le oyó y salió á recibirle. Luego se encerraron en el cuarto, y ahí están hablando por los codos en su lengua del demonio. Me parece que D. Felipito (que así le

llamó D. Fortunato) quiere una cosa que D. Fortunato no puede darle, y se enoja y grita diciendo; *Bisogna, bisogna*, que no sé lo que significará. Cuando fui al comedor por el Jerez que me pidieron, á D. Fortunato le llamaba *Cobardone*..... Esto sí que lo entendí. Lo menos seis copas de Jerez se ha tomado cada uno. Se lo prevengo á la señora para que no me venga después á cusarme de borracha..... ¡Santa Bárbara bendita, qué *refusilos!* Voy á cerrar....

Dejó la señora que despotricara á su gusto la mulata, cuya aplastada caraza se animaba con el sabroso chismorre; porque de los minuciosos informes que iba enredando aquella maestra en el espionaje doméstico y oficiala suya de confianza en la campaña de vigilancia que pasaba sobre el toscanita, sacaba ella muy claras consecuencias, las suficientes para ponerse en guardia y preparar su plan de defensa. Que lo que Nero exigía y Fortunato no podía darle eran los diez mil pesos, ninguna duda le quedaba á misia Jeromita; espoleado por las recriminaciones de Nero, sus insultos, la propia codicia y el licor jerezano se determinaría el asalto, y muy pronto había de verle esgrimiendo la amenaza; pero no contaba él, sin duda, con la nueva arma que la casualidad puso en sus manos, la partida tachada de falsa, que le restregaría en los hocicos valientemente, obligándole á una justificación perentoria, arma que la salvaría también de aquella *sugestión* irresistible del florentino, dominadora de su *voluntad* y de sus potencias todas, que languidecían y entregábanse á la sola vista del mancebo.

Misteriosamente, haciendo un gesto de picardía, Aurora, la soplona, acercó los gruesos labios á la oreja de misia Jeromita.

—De lo de esta mañana tengo un dato..... ¡superior! Era una carta lo que dió al *changador*: para una señora, según parece, que se llama... no lo recuerdo bien. Me lo ha dicho *changador* mismo.....

Enmudeció la dama *infeliz*, ahogada por la impresión

que la denuncia de su alguacil la causaba. Alzó la mano para despedirla, pero Aurora, á fuer de concienzudo agente de pesquisas, no consintió en marcharse antes de presentar el parte diario completo:

—También la niña Leona recibió una carta, con el mismito sobre de siempre.

Fuése la mulata, arrastrando los chanclos. No se movió misia Jeromita del sofá, acongojadísima. De no encontrarse Nero en el cuarto del infame, quizás va ella enseguida á abofetearle; también la vinieron ímpetus de abofetearles á los dos y deshacer á golpes aquella conspiración, rociada de Jerez, que tramando estaban contra ella, oponer la rudeza criolla á la astucia florentina, y dejando que estallase el orgullo de la sangre indígena, mostrar á los dos extranjeros que América no se conquista por malas artes.

Sin duda se las prometían ambos muy felices: los azucarados mimos y todos los recursos de confitería en que el toscanita era maestro, habían de emplearse para combatirla y vencerla; como á los niños, á los viejos la dulzura desarma, emboba y domina. ¡Qué chasco! ¡Qué sorpresa y qué susto, cuando la viejecita se irguiera, digna hija de D. Jesús, el guerrero, y de una manotada le sacara los ojos al mozalbeta imprudente, aquellos ojos azules, tiernos y melancólicos, en los que dijérase un alma se reflejaba toda candidez y pureza!

Por primera vez, en aquel día aciago, sonrió misia Jeromita: de gozo cruel, de satisfacción por creerse ya vengada, destripando al hermoso arcángel como á un muñeco que dejó de agradar, y con los ojos azules, arrancándole el rubio pelo ensortijado, la lengua mentirosa... y arrojándole fuera, en el estercolero donde iban á escarbar la s gallinas. ¡Qué chasco! Ya podía venir, ¿qué esperaba? ya podía venir, bien aleccionado por Nero, pertrechado de todos sus atractivos.... Además de la partida falsa, la carta á la desconocida la serviría eficazmente, y no le daría á él tiempo á percatarse siquiera, á indicar el petitorio audaz

que anhelaba; abrumado y corrido le tendría á su merced, y le impondría las más duras condiciones que sufrió jamás un vencido. Bien á punto llegaba la ocasión de liquidar cuentas, sin un centavo el ruedo de la falda, ni alhajas por empeñar, pero fuerte el ánimo con los dos argumentos poderosos, hallados providencialmente. Ya podía venir, ¿qué esperaba?

Impaciente la señora, paseó un rato, con fuertes tacóns, á fin de que el otro la oyera y se enterase que ella estaba pronta y no le temía; preparó el llavero, tras del cual las miradas de Fortunato se escurrían golosas, como guardían de un tesoro que la codicia mira con interés profundo, y lo puso en la cerradura del armario, produciendo el chocar de unas llaves con otras alegre música y bailoteo, capaz de atraerle de lejos, ratón que acude al olor de queso.

Sintió que por la vereda del jardincito venían dos personas, y entreabrió un postigo, tosió, taconeó más fuerte.... Nero y Fortunato, en la puerta de hierro, se despedían afectuosamente, con misteriosos cuchicheos, últimas instrucciones y advertencias indispensables para el éxito de un plan maduramente trazado: y entre uno y otro relámpago distinguió sus cabezas juntas, de cómplices que redondean importante negocio. Al escucharse el lejano tintín de las colleras del tranvía, Felipe Nero saludó con la frase *A rivederci*, volviendo á su alcoba Fortunato sin advertir, seguramente de intento, la iluminación de la de misia Jeromita, y el jaleo que ésta se traía dentro.

Porque antes de proceder según lo convenido con Nero, si la especulación magna había de hacerse, deseaba Fortunato pedir refuerzos al Jerez y consultar al espejo; su temor de una nueva *plancha* era grande y necesitaba armarse de todas armas, sobre todo de aquellas probadas como francamente mortales en casos análogos, á cuyo efecto roció con agua de rosas el cabello y lo peinó con suma coquetería, se perfumó también y rizó el bigote, aseó sus blancas

manos con pasta de almendras, y escogió la corbata que mejor le sentaba.... ¿Estaría enfadada todavía la *vecchia*? ¡Bah! Si acaso lo estuviera, como el sol derrite la nieve, en cuanto se presentase la desenojaría.

Al dar el último toque de peine, se paró algo pensativo.... ¿Qué torpeza haber escamado á la *vecchia* en visperas del gran sablazo? ¿Y si lo perdía todo, la existencia regalada, el fruto costoso de su sacrificio y astucia? ¿Valía la otra, prácticamente, lo que valía la *vecchia*? ¡Ni por pienso! Así, cuanto mayor cautela pusiera, abandonándola en caso de peligro verdadero, más seguridad tenía de conservar la conquista jugosa de la incomparable misia Jeromita.

Preguntó al espejo qué tal le hallaba, y el espejo le contestó que muy guapo. Satisfecho, se encaró con la trinidad revolucionaria que en la pared señoreaba gloriosa y la saludó canturreando... ¡Ay de la *vecchia* si le oponía los morros de la mañana ó sus furros ridículos en defensa de su bolsa. ¡A los ojos de Nero aparecer como un mandria que se deja zurrar de manos femeninas, y seniles por añadida, no lo sufriría su orgullo... ni su interés!

Cuando abrió la puerta de misia Jeromita, ésta, en medio de la habitación, parecía esperarle; pero Fortunato no lo echó de ver, porque el llavero colgando en el armario le distrajo agradablemente. Sonriendo se acercó á ella, y con un dulcísimo *buona notte* pretendió apoderarse de su mano para besarla, como de costumbre.

—¡Quite usted allá! —chilló la señora, ¿qué se ha imaginado este gringo? ¡Ya no me compra usted con zalamerías! Te esperaba; ansiando estaba que vinieras para ahogarte; de tal modo, que si no vienes pronto voy á buscarte yo. Porque las cosas en caliente, en caliente.... ¿Abres la boca, eh? ¡Te sorprende, te asusto!... Cierre usted esa puerta, que Leona puede oírnos, y esa niña inocente no debe oír lo que tengo que decir á usted.... ¡Cosas muy graves, señor florentino! La indignación me da fuerzas con que no contaba, con que no contaría tampoco su cómplice de us-

ted, Felipito Nero. . . . Responda usted Sr. Lucca, responda usted: se trata de comprobar la validez de una partida de matrimonio, que un abogado considera falsa. . . . Esto, primero; después hablaremos de otro asunto, también importante. Le escucho á usted, señor Lucca.

Espació intencionalmente las sílabas del apellido, y Fortunato, agobiado, cadavérico, no chistó. Al mismo tiempo retumbó en las alturas un espantoso trueno, como si el cielo se hundiera y se descuajara la casa. . . .

Horrible estruendo que estremeció el Caballito entero, y en la vecina de Cadenas hizo desprender de su clavo el retrato de D. Jorge sobre la legión de poetas que presidía, volar el enjambre de vocablos que en preparación tenía Jorgito y apagó la escandalera que cierta carta levantara al pasar de manas de Evangelina á las de Agueda y de las de ésta á las de Dolorcitas, sin el correspondiente permiso de la respetable viuda.

La tormenta había estallado.



VII

Cuando sonó aquel tronitoso estampido, releía Pantaleona en su prisión, sentada delante del tocador, la epístola siguiente del primo Nepomuceno:

«Mayores novedades y más sorprendentes que las de tus últimas cartas, podría yo referirte, Leoncita querida de mi vida, si los debidos respetos me lo consintieran; porque son de tal naturaleza las que casualmente he obtenido en la ferreteria de Barbarossa, que te sacarian la vergüenza á la cara y muchas lágrimas á los ojos: basta que sepas que, gracias á este descubrimiento, quedará despejada la situación bochornosa que nos ha traído la locura de nuestra desgraciada Jerónima. Sin embargo, ¿á qué ocultarlo? le temo á Jerónima, y no sé si podremos triunfar, sin ruido, de su ciega condescendencia.

«Figúrate, Leoncita impaciente, que se trata de que yo vea á Jerónima y la ponga en autos de hecho tan extraordinario, que estallará su cólera en seguida. Te juro que, á pesar de todo, iré al Caballito mañana mismo, por el honor de la familia y los fueros de la justicia; haré de tripas corazón, arrojando el geniazo de mi pobre prima. . . . ¡Ah, cuando la entere y se dé cuenta de todo! ¡Aún me dura á sí el efecto de la confianza de aquellos dos truhanes de la ferreteria! . . .